

Victoria Eugenia Rodríguez Martín, Gema Senés Rodríguez, Virginia Alfaro Bech, Antonio Rojas Rodríguez y José Luis Espinar Ojeda (2024): Pierio Valeriano, *Jeroglíficos, Libros VI-XVIII*, Instituto de Estudios Humanísticos-Centro de Estudios Clásicos-Universidad Nacional Autónoma de México, Alcañiz-Lisboa-México, xxvii+784 pp.

Algunos años atrás el profesor Francisco Talavera Esteso, catedrático de Filología Latina por la Universidad de Málaga, inició una empresa tan necesaria como ambiciosa para el estudio y conocimiento de la literatura neolatina: se trata de la edición crítica y traducción de *Hieroglyphica sive De Sacris Aegyptiorum Litteris Commentarii* del humanista Pierio Valeriano (s. xv-xvi), una obra monumental, publicada en 1556, compuesta por cincuenta y ocho libros. En su momento, el profesor Talavera Esteso publicó en el volumen XXI.1 de la colección «Palmyrenus» la primera edición moderna del humanista de Belluno, ocupándose del Prólogo General y los libros I-V.

Recientemente, gracias a la labor de sus discípulos, los doctores Rodríguez Martín, Senés Rodríguez, Alfaro Bech, Rojas Rodríguez y Espinar Ojeda, la edición moderna y traducción de la obra de Valeriano ve su continuación en el volumen XXI.2 de «Palmyrenus», la colección dirigida por el profesor José María Maestre. El trabajo de los autores, que nos presenta los libros VI-XVIII, se enmarca en el proyecto de investigación «Tradición de los saberes sobre la naturaleza en los *Hieroglyphica* de Pierio Valeriano y su proyección en la Emblemática y la Simbología» (FFI2012-34145), que, junto con el apoyo del Departamento de Filología Latina de la Universidad de Málaga, ha permitido la publicación final del volumen.

La cuidada edición bilingüe que nos presentan los editores parte de la *editio princeps* de 1556 en Basilea, aunque también ha sido de utilidad la edición florentina incompleta del mismo año. Asimismo, destacamos la necesidad de esta edición moderna, pues la ortografía y puntuación latinas modernizadas, amén de la división en capítulos y párrafos del texto, devuelven la obra de Valeriano al

presente, convirtiéndola en un puente entre el lector actual y los inabarcables saberes de nuestro erudito humanista. Además, son de gran utilidad las anotaciones en la traducción, así como el aparato crítico del texto latino, que solventan la interpretación de ciertos pasajes.

El lector podrá moverse con facilidad entre las páginas de estos nuevos trece libros gracias a los cinco índices que incluye el volumen: un índice general (p. 781), que ayudará a comprender la organización de esta cuasimiscelánea, un índice de autores citados (p. 749), de materias (p. 761), de personajes históricos (p. 775) y de ilustraciones (p. 777).

Respecto de la organización y contenido de los libros, todos ellos están dedicados por Pierio Valeriano a una personalidad de su época y suele tratar un tema en concreto. Los afortunados a quienes Pierio Valeriano dedicó sus pequeñas obritas componen una red de contactos, cuyo estudio puede iluminarnos sobre las conexiones y relaciones establecidas entre figuras del alto clero e intelectuales, quienes eran por lo general profesores en las universidades. Entre los dedicatarios encontramos al humanista y diplomático Celio Calcagnini, a los cardenales Fabio Vigili de Espoleto, Bernardino Maffei, Egidio de Viterbo o Próspero Santacroce, el canónigo Pietro Corsi y profesores de universidad como Achille Bocchi y Rómulo Amaseo.

En cuanto a los *Hieroglyphica*, esta obra supone una fuente única de conocimiento, capaz de aunar en un mismo libro o, incluso, capítulo, saberes tan dispares como interesantes. Así pues, no faltan las citas literarias, las referencias a hechos célebres o personajes históricos como Démades o Heliogábalo, la descripción detallada del mundo animal, el notable dominio de la astrología y la numismática, su gran comprensión de las religiones y culturas egipcia, griega y romana y, sobre todo, el gran peso que asume la *christiana interpretatio* en el estudio de los símbolos. Con todo, la variedad de los saberes y la ocasional especificidad del léxico que se vislumbran en la obra hacen la tarea de traducción algo más compleja, como reconocen sus autores (p. xv); no obstante, el resultado es una traducción homogénea y fluida, que respeta el texto original y, a su vez, lo hace accesible a cualquier lector curioso, especializado o no en la materia.

Como decíamos, la riqueza compositiva y de contenido de los *Jeroglíficos* la hacen una obra sumamente atractiva y heterogénea. Se observará que en ella el uso de *excerpta* constituye uno de los mecanismos compositivos más recurrentes de Valeriano y, en general, de los autores neolatinos. Tan sólo en el libro VI (pp. 8-52) encontramos citas de Marcial, Horacio, Virgilio, Filón de Alejandría, San Pablo o Anaxágoras.

Igualmente, otro de sus principales atractivos es la disertación filosófica dotada de gran capacidad dialéctica, que amplía las fronteras del tema escogido. De ello es ejemplo el libro VII (pp. 53-99), en el que el autor se ocupa de la hormiga y, a raíz de esta, recuerda el pasaje del *Fedón* donde Platón sostiene que quienes fueron virtuosos pero prescindieron de la filosofía se convertirán en hormigas.

Son dignas de atención también las menciones a la contemporaneidad, que revelan la psicología y el código moral de su autor. Por ejemplo, en el mencionado libro VII se denuncia la adulación como una de las causas de perdición y ruina de los hombres en Italia, y Valeriano trae a colación de su crítica una célebre frase de Diógenes que respondía a cuál era la mordedura más peligrosa: «si de los salvajes me preguntas, el delator; si de los domésticos, el adulador» (p. 61). Este tipo de análisis sociales, sustentados en argumentos de pensadores clásicos, son comunes en los trece libros y nos demuestran hasta qué punto la ética occidental se cimienta en la moralidad de la Antigüedad.

Como adelantamos, Valeriano es un gran conocedor de la astrología y usa este saber para completar los significados del animal, como ocurre con el tratamiento del escarabajo en el libro VIII (pp. 100-143) o de la serpiente en el libro XIV (pp. 454-517), para la cual cita a Nicéforo, Arato o Teón de Alejandría. De esta forma, el bellunés se presenta como un humanista cristiano cuyas creencias y fe religiosa nunca fueron un impedimento a la *curiositas* y la investigación concienzuda de un ámbito tan criticado por figuras como San Agustín o Tertuliano.

Por su parte, el filólogo clásico disfrutará sin duda de libros como el IX (pp. 144-203), donde Valeriano hace gala de su enorme dominio del griego y latín rescatando expresiones populares de gran gracia y acierto aún a día de hoy como *sus Minervam* («un cerdo enseñó a Minerva»), ὄς ὑπ' Ἀθηναίων ἔριν ἤρισεν («un cerdo desafió a una competición a Atenea») o ὄς ἐκόμασεν («un cerdo bailó»). Además, complementan el texto las alusiones a la mitología y a la literatura griega, que constatan una vez más la deuda cultural y académica del Renacimiento con las letras grecolatinas.

Se hacen notar los amplios conocimientos historiográficos del autor en el libro XI (pp. 270-331), donde se ilustra el imaginario de la loba recurriendo al ejemplo de Mesalina, quien adoptó el mote de Licisca (de «lyc-»); en el libro XV (pp. 518-575), en el cual se detalla una larga lista de pueblos cuyas enseñanzas consistían en dibujos de serpientes; o en el libro XVI (pp. 576-631), donde se refuerza la creencia de la serpiente como animal vinculado a los presagios de muerte con una anécdota de Tiberio Graco, quien encontró crías de serpiente en su casco poco antes de ser asesinado.

Es singular el libro XVII (pp. 632-693) por venir acompañado de dos paratextos, una carta de Valeriano a Egidio de Viterbo y otra en respuesta del cardenal. En ellas, el autor confiesa a Egidio que concibió su empresa literaria siguiendo el ejemplo de Plutarco, es decir, dedicando pequeñas obritas de temas concretos a sus amigos, y le pide al cardenal que elija el animal que desee para tratarlo. Estas epístolas son ventanas privilegiadas al proceso creativo, cuyas formas y estilo no reniegan de la elegancia literaria y nos proveen de información histórica clave para el conocimiento del ambiente de ebullición cultural y académica en que se movían los humanistas.

Finalmente, nos parece pertinente señalar que la labor de Pierio va más allá de la compilación y la consulta superficial de las fuentes, algo que podemos comprobar en el libro x (pp. 204-269), donde observamos cómo el italiano enfrenta la opinión de Aristóteles sobre la cabra con la de filósofos como Arquelao o Alcmeón de Crotona, para al final acabar decantándose por el primero. Este método comparativo y analítico de teorías opuestas nos prueba una vez más la erudición del autor y el cuidado puesto en su obra.

A modo de conclusión, nos reiteramos en la importancia de conocer los *Jeroglíficos*, un manual de consulta obligatoria en el Renacimiento y el Barroco y una obra de gran utilidad e interés para cualquier filólogo clásico, estudioso del arte, numismática, simbología, teología, mitología clásica, historia o filosofía. De igual manera, subrayamos el incalculable valor de esta primera traducción al español de los libros VI-XVIII, un hito dentro de la investigación de la literatura neolatina y la literatura emblemática. Esperamos que sus autores continúen esta loable empresa que rescata a tan eximio humanista y su obra del silencio, demostrando así la relevancia y magnífica aportación de excelentes figuras del Renacimiento a las letras latinas y acercándonos al mundo clásico de manera sorprendente y magistral.

María Gómez Jaime